

LA AZUCARERA DE ALAGÓN:  
LA LLEGADA DE LA INDUSTRIALIZACIÓN  
A UNA LOCALIDAD ZARAGOZANA DE TRADICIÓN  
AGRÍCOLA Y SU EVOLUCIÓN A LO LARGO DEL SIGLO XX

DANIEL SANCET CUETO | LICENCIADO EN HISTORIA

Hablar de la instalación de una fábrica, en este caso azucarera, en un entorno rural sostenido por una economía agropecuaria que roza la subsistencia, es, sin lugar a dudas, hablar de una revolución a todos los niveles capaz de cambiar la forma de entender la vida de todos aquellos que se encuentran bajo su influencia. Eso es, ni más ni menos, lo que experimentó el pueblo de Alagón a comienzos del siglo xx.

En un horizonte repleto de hambre e incertidumbre en el que los braceros se apelotonaban en el Paradero, punto neurálgico de la localidad, con la desesperación del que necesita trabajar para comer reflejada en su mirada; el sol de la industrialización llegaba vestido con ropas forasteras lo cual, unido al consabido miedo al cambio o a lo desconocido, provocó no pocos recelos en esos primeros tiempos en los que palabras como azúcar, remolacha o factoría comenzaron a ser frecuentes en las conversaciones entre los aragoneses de la época.

La expansión de la industria azucarera, motivada por la crisis finisecular generalizada en todo el país en la segunda mitad del siglo xix, significó el auge y enriquecimiento de algunos arriesgados inversores que pusieron su capital al servicio de una economía moderna cuya efectividad estaba todavía por probar. Fue el sur el que protagonizó el primer impulso pero, después, Aragón se convertiría en tierra propicia para el cultivo de la remolacha y el consiguiente desarrollo de la industria azucarera. La gran mayoría de las azucareras en territorio aragonés se levantaron con capital autóctono, capital que salía de los bolsillos más acaudalados de la región, sin embargo existieron excepciones como es el caso de la factoría que iba a abrirse en Alagón.

La Compañía Industrial Azucarera de Barcelona, sociedad completamente asentada a la altura de 1900 y cuyo capital ascendía a más de diez millones de pesetas, no tardó en darse cuenta de la evolución experimentada por las recientemente creadas Azucarera de Aragón (Zaragoza), Azucarera del Rabal (Zaragoza), Azucarera de Zaragoza (Zaragoza) y Azucarera Ibérica (Casetas). El

Valle del Ebro surgía como un territorio propicio para el desarrollo de la incipiente industria del azúcar debido a que contaba con tierras de cultivo extensas y adecuadas, posibilidades de regadío, mano de obra barata y comunicaciones efectivas; un terreno cuyo reparto primigenio podía beneficiar a aquellos que lo supiesen aprovechar a tiempo. Esta Compañía Industrial Azucarera de Barcelona tenía como principales accionistas a los hermanos Benigno y Enrique de la Riva, potentes industriales de la época que supieron ver en la ribera del Ebro zaragozana la potencialidad de su desarrollo económico a través de la industria azucarera. Una vez hechos los movimientos pertinentes y comprobar la efectividad de las tres azucareras inauguradas en Zaragoza capital, así como la abierta en Casetas, decidieron poner el capital necesario para que la idea de abrir una nueva factoría en la localidad de Alagón dejase de ser un imaginario de la época para convertirse en un abrir y cerrar de ojos en una realidad cuyo desenlace no se podía frenar.

Las autoridades, nacionales y locales, impulsaron desde un primer momento el desarrollo de una industria que suponía un halo de esperanza dentro de la penumbra en la que se encontraba perdida la economía del país. Por ello, no es de extrañar la reunión celebrada en Alagón el 10 de diciembre de 1899 en la que participaron representantes municipales de las localidades de Alagón, Remolinos, Luceni, Figueruelas, Cabañas, Alcalá, Pedrosa, Pinseque, Torres de Berrellén, Utebo y La Joyosa. En ella, alcaldes y concejales de dichas localidades deliberaron acerca de la inminente implantación del cultivo de la remolacha en Alagón y los pueblos de los alrededores, y lo hicieron en los siguientes términos:

El Señor Presidente declaró abierta la sesión manifestando que quedaba constituida la asamblea general de los pueblos asociados de esta Región, con objeto de establecer las bases y condiciones bajo las cuales se había de proceder al cultivo y venta de remolacha azucarera, a fin de que en lo posible se armonicen con arreglo a los más rectos principios de equidad los trabajos del cultivador y los intereses del capital, pues de otra suerte sería muy difícil entenderse con las fábricas que explotan el negocio.<sup>1</sup>

Tras el correspondiente debate entre alcaldes y concejales de todos los municipios se redactaron trece puntos que contenían los aspectos más importantes referentes a la contratación (contrato, precio, sistema de cultivo, anticipos, recolección, turnos de entrega...). Acuerdo firmado por todas las localidades y que días más tarde, se extendió a otras localidades algo más alejadas como Tauste, Pradilla, Gallur, Boquiñeni, Cortes... Lo que prueba las grandes expectativas que se tenían en el desarrollo de este nuevo cultivo y, por lo tanto, en el buen rendimiento de la factoría azucarera que se planteaba abrir en Alagón.

<sup>1</sup> Archivo Municipal de Alagón, legajo 24, Libro de Actas del Ayuntamiento de Alagón de 1899.

La instalación de una fábrica de azúcar en Alagón era, a la altura de enero de 1900, un hecho irreversible conocido por todos los vecinos de la localidad. De hecho el *Diario de Avisos* de Zaragoza se hacía eco de la noticia el noveno día de dicho mes y, a su vez, informaba de un innovador sistema de propiedad mediante la puesta en venta de acciones pequeñas, de cien y quinientas pesetas,<sup>2</sup> para que aquellos labradores que pudiesen y quisiesen entrar en el negocio del azúcar pudiesen hacerlo dentro de sus posibilidades. De esta forma, se producía una relativa apertura económica que permitía una participación capitalista a agricultores de renta media-alta.

No mucho después, el 13 de marzo de 1900, el *Heraldo de Aragón* informaba de la colocación de la primera piedra de lo que iba a ser la Azucarera y Refinería de Alagón.<sup>3</sup> No es difícil imaginar el revuelo ocasionado en la tranquila villa de Alagón: autoridades, empresarios, banqueros... la expectación fue máxima a todos los niveles. El paso ya se había dado, un paso hacia el camino de la modernidad que, en este caso, Alagón iba a caminar en todo momento al lado de la industria azucarera. Finalmente la planta fabril se inauguraría con el nombre de Nuestra Señora de las Mercedes, lo que muestra la clara influencia del capital catalán.

Impresiona sobremanera el hecho de que la primera campaña de la Azucarera de Alagón sea la de 1900-1901, con lo que la factoría está lista para funcionar en sólo unos meses. Pero no hay que tener en cuenta únicamente este hecho ya que todavía resulta más sorprendente la rápida adaptación de los agricultores al nuevo cultivo. Son los campos los que tienen que suministrar la materia prima necesaria para producir azúcar, unos campos que van a ver cómo los nuevos cultivos rompen su tradición y sus costumbres; tal y como afirmó Nadal a la altura de 1970: «la remolacha cambió la faz de las comarcas productoras». Estos cambios a diferentes niveles (ciclos, utensilios, usos, abonos, riegos...) no tardaron en acarrear críticas resabiadas que, más que atacar se defendían, intentaban evitar el desmembramiento de la única forma de trabajar el campo que conocían pero con ello, sin saberlo, estaban intentando frenar un tren desbocado que avanzaba imparable bajo el nombre de revolución industrial.

Estos comentarios, mayores o menores pero que no supusieron ninguna amenaza seria para la factoría, pueden resumirse en unas coplillas escritas el 8 de septiembre de 1900 por el vecino de Alagón Ángel Pérez Guerrero y rescatadas por su bisnieta la historiadora Pilar Pérez Viñuales:

<sup>2</sup> *Diario de Avisos de Zaragoza*, «La Azucarera de Alagón», 9 de enero de 1900.

<sup>3</sup> *Heraldo de Aragón*, «Sobre la primera piedra de la Azucarera de Alagón», 13 de marzo de 1900.

*Están locos de contentos  
 en la villa de Alagón,  
 de ver el gran edificio  
 para nuestra perdición.  
 Han venido catalanes  
 con doblones en la bolsa,  
 para hacernos la fábrica  
 en nuestra bellísima hermosa. (...)  
 Se cogerá poco trigo  
 y luego muy poca paja,  
 las pobres caballerías  
 se quedarán desmayadas.  
 Y por fin, sí, labradores,  
 hacer lo que os dé la gana,  
 yo no dejo mi sistema  
 y no quiero remolacha.<sup>4</sup>*

He reflejado únicamente un fragmento pero, sin duda, suficientemente significativo del pensamiento de aquellos a quienes el miedo y la incertidumbre hacían ver en la fábrica azucarera un signo de desorden, caos y desgracias, más que una nueva esperanza y prosperidad económica de la localidad.

Siguió funcionando así, con los dos hermanos catalanes como máximos accionistas, durante tres temporadas ya que en 1903 la factoría de Alagón fue integrada dentro de la Sociedad General Azucarera Española, un trust creado para evitar superproducción en las azucareras y los correspondientes *stocks* de azúcar. Antes de ser comprada se estimó su valor, al igual que se hizo con el resto de azucareras aragonesas, se la valoró en 6 millones de pesetas cuando el valor medio de las azucareras estaba en 3,5 millones de pesetas;<sup>5</sup> este dato sirve para darnos cuenta de la importancia de la Azucarera de Alagón.

Comienza así en 1903 la primera gran etapa de la Azucarera de Alagón, años en los que se consolida tanto en lo referente a rentabilidad económica para la empresa como para el agricultor, y en estos momentos pasa a ser el motor económico de Alagón y su entorno. Queda definida ya la estructura interna de la factoría, las plantillas de personal se jerarquizan y se estructuran en función de las titulaciones y profesiones, estando en los puestos de mando ingenieros y licenciados y bajando el escalafón por técnicos de tipo medio, profesionales varios hasta llegar a los peones sin cualificar. Un alagonés podía entrar sin nin-

<sup>4</sup> Programa de Fiestas de Alagón, 1996.

<sup>5</sup> Gracia Guillén, J. A., *Las azucareras. La revolución industrial en Aragón*, Mira Editores, Zaragoza, 2005.

gún oficio ni conocimiento y tenía la posibilidad de ir ascendiendo en la empresa, como sucedió, hasta ocupar puestos importantes, aunque eso sí, conllevaba un esfuerzo poco menos que sobrehumano que sólo pudo llevarse a cabo en mínimos casos y que suponía añadir muchas horas de estudio a las correspondientes de trabajo, aguantar cambios de puesto casi continuos y superar unos duros exámenes en Madrid.<sup>6</sup>

La Azucarera de Alagón tenía en esta primera etapa unas 270 personas contratadas, pero esta cifra llegaba a más de 900 puestos de trabajo durante la campaña de fabricación y refinación,<sup>7</sup> que ocupaba medio año y no coincidía con la cosecha, así que era habitual que los alagoneses combinaran el trabajo en el campo y en la Azucarera. Pronto surgieron las envidias entre aquellos que trabajaban en la Azucarera y los que no habían podido entrar, porque evidentemente no podían contratar a todo el pueblo, la vía natural fue mediante un examen de cultura general, pero también fue frecuente entrar tras la recomendación de un familiar que ya estaba dentro. Alagón ya bailaba alrededor de la Azucarera, las sirenas no sólo marcaban los turnos a los obreros sino que marcaban la vida de los alagoneses tanto como los tañidos procedentes del campanario.

Unos años después, entre 1918 y 1920, se produjo el primer hito tecnológico de gran importancia en la Azucarera de Alagón. Es el caso de la construcción del jugoducto, tras este curioso nominativo, se escondía una enorme tubería que conectaba mediante un ingenioso sistema las Azucareras de Cortes, de Gallur y de Alagón, un tubo de 34 kilómetros del que a día de hoy todavía se conserva un pequeño tramo, obviamente inservible y olvidado por el tiempo, y que permitía enviar el jugo obtenido en Cortes y en Gallur hasta la factoría de Alagón en donde era molturado y refinado. La Azucarera de Alagón, como vemos, era la cabeza visible de una importante red industrial que comenzaba a tirar con fuerza de la economía de la provincia de Zaragoza.

Los buenos tiempos traen mejoras a todos los niveles, y los buenos resultados de las campañas de los años veinte derivaron en una mejora de la maquinaria utilizada, toda la tecnología venía del extranjero y la mayor parte de las máquinas eran importadas desde Alemania. Sin embargo los años veinte no sólo trajeron prosperidad y renovación tecnológica, también surge el primer conflicto laboral grave. En realidad, fue algo puntual pero sirvió de precedente a una serie de huelgas que se harían más frecuentes en los años treinta organizadas por la UGT y por la CNT, que fue ganando en importancia y terminó por causar verdaderos quebraderos de cabeza a la patronal, como bien se recoge en las diferentes memorias de campaña. Los avances técnicos de los veinte

<sup>6</sup> Entrevista oral a Luis García Cubero realizada en Alagón el 11 de noviembre de 2007.

<sup>7</sup> Gracia Guillén, J. A., *Las azucareras. La revolución industrial en Aragón*, Mira Editores, Zaragoza, 2005.

se continuaron durante los años treinta, empujados además por la necesidad de aumentar la capacidad de molturación de la factoría. Pero en 1936 la guerra civil frena en seco este avance industrializador de inmejorables augurios económicos, y a cambio sumerge la industria azucarera, o más bien a todo un país, en una oscura crisis de la que parecía imposible salir.

El intervencionismo estatal no pudo nada más que entorpecer los intentos de superación, el régimen de Franco exigía plena información a las empresas, podemos comprobar en la documentación de la Azucarera la intervención de tres organismos oficiales que lograban con sus actuaciones mediatizar la contratación de trabajadores eventuales: la Oficina Provincial de Migración, la Comisión Provincial de Reincorporación de Combatientes al Trabajo y la Jefatura Local de Falange; este es sólo un ejemplo de control estatal, en este caso dirigido a la contratación, pero había muchos más. Ante esta situación es natural que existiese una fricción entre la Sociedad General Azucarera Española y los organismos oficiales, pero poco se podía hacer, no hay que olvidarse del contexto histórico del momento.

Es a partir de 1956 cuando comienzan a darse algunas reformas, se vislumbra ligeramente la luz de una prosperidad que, aunque tímidamente, conseguía ofrecer algo de ilusión ante el desolador panorama de años anteriores. El gran cambio de estos años respecto a todo lo anterior se llamaba electricidad, fue la instalación de una Central Eléctrica en el interior de la Azucarera la responsable del considerable aumento de la producción. A este gran avance se sumaron otros como la instalación de una nueva máquina, de procedencia francesa, a la que se suministraba azúcar húmedo y lo convertía en terrones que luego envasaba en cajas de un kilo.

A partir de 1968 comienza la recta final del presente trabajo, en ese año comienza a vislumbrarse la crisis de la industria azucarera en Aragón. Esto viene motivado por la mayor efectividad de las compañías ubicadas en otros puntos del país lo que provocó que las grandes compañías azucareras comenzasen a cerrar las plantas aragonesas.

El fatídico año de 1973 es el que marca el turno de la Azucarera de Alagón. Un duro golpe socioeconómico para toda una comarca que se vio inmersa en una crisis en toda regla. La prensa de la época se hizo eco de la noticia y así podemos ver cómo se vio dicho proceso desde el semanario Andalán:

(...) el mazazo le ha correspondido a Alagón, de tal modo que la población se siente tocada de muerte. Hoy será difícil encontrar un solo vecino que no esté absorbido por la angustia y la indignación, agravado por el suicida silencio de las autoridades locales (...) La irritación de los alagoneses alcanza su cima al comprobar que mientras por un lado se les promete un polígono industrial por otra parte se encuentra con el hecho consumado del cierre de la Azucarera (...) De entrada los cerca de 100 obreros y empleados fijos están siendo desperdigados

por todo el país con la modalidad urdida de en comisión de servicios; ello presupone un centenar de familias rotas, con una precaria situación económica y familiar y un porvenir incierto. Luego unos 400 obreros eventuales lanzados al paro, a la angustia invernal, a la emigración con todas sus dramáticas consecuencias (...) Más de 500 familias afectadas muy severamente, de un total de 1.200 que comprende el pueblo (...) Como tras el cierre de la Azucarera a los de Alagón les viene el virtual arrasamiento de su escasa y fértil huerta por la Autopista del Ebro y la dentellada de tierras que se va a engullir la ampliación del Campo de maniobras Militares, el ocaso de Alagón es irremediable. La situación socioeconómica de esta comarca aragonesa se puede calificar de desesperada (...).

Esta situación desesperada pudo ver un desenlace menos dramático del pronosticado debido a la instalación de la multinacional automovilística General Motors en la vecina localidad de Figueruelas, aunque, tal y como sucedió con la instalación de la Azucarera, las críticas no tardaron en aflorar a pesar de que poco pudieron hacer por frenar este nuevo empuje modernizador.

La planta de estuchado continuó abierta hasta 1993, sin embargo esto suponía únicamente un par de decenas de trabajadoras contratadas y, por lo tanto, la influencia y fuerza efectiva de la Azucarera en Alagón y su entorno cayó en picado. No obstante dicha influencia continuó viva en el plano sentimental y emotivo ya que varias generaciones de alagoneses continuaron mirando hacia la Azucarera con nostalgia.

Hoy vuelven a mirarla por otros motivos, hoy vuelve a ser noticia debido a los grandes proyectos que se van a llevar a cabo en sus terrenos. Sus nuevos propietarios quieren que la Azucarera de Alagón continúe en la vida de los alagoneses y lo haga desde el recuerdo... pero también desde el presente. Ha sido Ebrosa, como actual propietaria, con la ayuda del Ayuntamiento de Alagón la que ha apostado por mantener viva la historia de la Azucarera, por rescatarla del olvido y volvérsela a regalar a los alagoneses en forma de Museo, de estudios etnográficos, de exposiciones fotográficas... Un intento por evitar el olvido y un paso más en el avance de la modernidad que va a transformar la Azucarera en uno de los puntos más importantes de la localidad.

Las líneas aquí plasmadas sólo muestran de forma sucinta los primeros trazos de una investigación que acaba de comenzar y que espera reflejar la influencia de la Azucarera de Alagón en la vida de las gentes de su entorno. La documentación del Archivo Municipal de Alagón, la Hemeroteca de Zaragoza y la documentación rescatada de la factoría (tras años expuesta a las inclemencias del tiempo, el abandono más absoluto y las tropelías varias cometidas por pequeños y mayores que entraban por curiosidad, por destruir o por llevarse algún recuerdo a su casa) serán las bases documentales, que apoyaré, por otra parte, en entrevistas orales realizadas a extrabajadores y familiares que han vivido de cerca el funcionamiento de la Azucarera.